
Robert Musil – un novelista comprometido... a través del prisma de dos elogios fúnebres¹

Kathrin H. Rosenfield / Universidad Federal de Rio Grande del Sur

Traducido por Marcos Travaglia

Recibido el 20 de octubre de 2018. Aceptado el 13 de mayo de 2019

> Resumen

Este artículo analiza el complejo posicionamiento de Robert Musil en relación al compromiso político del artista. La imagen política de Musil permaneció durante largas décadas como tema de controversias y sospechas por parte de los intelectuales de izquierda. Las críticas que Musil hace a las tendencias totalitarias de los líderes de derecha e izquierda precisan ser reconsideradas para hacer justicia a la complejidad y la amplitud de los análisis ensayísticos y ficcionales de este autor que captó los grandes problemas del siglo XX y anticipó el dilema básico del siglo XXI: ¿cómo conectar el rápido desarrollo de la precisión científica y tecnológica con la evolución lenta y casi inercial de las emociones, los sentimientos estéticos y morales?

» *Palabras clave: Musil, ensayismo, literatura, política, ética*

Robert Musil – a committed novelist... through the prism of two funeral eulogies

> Abstract

This article analyzes Robert Musil's complex political and ethical positions and the artist's responsibility with political activism. Musil has for a long time been a controversial author in circles engaged with left wing political movements, and his lucid criticism of the totalitarian tendencies of both fascist and communist leaders demands to be reevaluated. In the light of the political and ethical polarization we live in the XXIst century, Musil's approach of the past dilemmas becomes relevant again. He is not looking for quick solutions of specific problems but asks one basic question: how can we better articulate the fast development of scientific precision and technological potential with the slow evolution of emotions and the inertia of aesthetic and moral feelings?

» *Keywords: Musil, essay, literature, politics, ethics.*

¹ Esta investigación fue financiada por la Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nivel Superior (CAPES) y el Conselho Nacional de Pesquisas (CNPq).

El día 15 de abril de 1942, a las 13 horas, Robert Musil falleció de un ACV en Ginebra. Exiliado en Suiza en abril de 1938 con Martha Marcovaldi, su esposa judía, previendo la anexión de Austria por la Alemania Nazi. Ya antes de los cuatro años de exilio el autor se encontraba cada vez más aislado. Desde el ascenso de Hitler en 1933, sus artículos y libros entraban en la lista de los indeseados, y Musil tuvo que dejar Berlín volviendo a Austria –y cayendo en la versión austríaca del fascismo. Sus críticas lúcidas (y crueles) de la cultura intelectual, política y artística le trajeron gran respeto entre lectores exigentes, pero poco éxito material o de público. El aislamiento creció sin doblar el carácter intrépido ni la inteligencia analítica del fin de la era burguesa. Pues el deseo de ver las jerarquías y los valores tradicionales desmantelados no coincidía, en el caso de Musil, con un acogimiento acrítico de “lo nuevo”. Como su *alter ego* ficcional, el hombre sin cualidades, Musil desconfiaba del exceso pasional en los manifiestos que proclamaban “el hombre nuevo” y “la sociedad nueva”, entre tantas innovaciones radicales, sin siquiera haber analizado los principios y elementos de lo antiguo que pretendían sustituir y revolucionar.

Su lucidez aguda detectaba muchos equívocos ideológicos, anticipando los errores que de ellos iban a resultar, de forma que ser “más inteligente que lo necesario”² ponía frenos al entusiasmo y la confianza ciega que mucho juzgaban necesarios para alinearse a movimientos políticos. Más allá de eso, Musil defendía, como más tarde Adorno, la idea kantiana de la autonomía de la sensibilidad artística, concibiendo al arte como un oficio reflexivo y contemplativo *sui generis*, que mantiene relaciones de diferencia y complementariedad con el conocimiento y la acción. El escritor de ficción desarrolla esta concepción en su novela *El hombre sin atributos*, con la propuesta irónica de fundar una “Secretaría general de precisión y alma”: la contención del entusiasmo sentimental y del idealismo vacío, la disciplina que somete la emoción a un examen crítico comparable a los métodos científicos –aquí está la lucha musiliana por lo nuevo–. La ética de esta estética exige del autor una sutileza singular de la sensibilidad y del intelecto (no de la sensibilidad contra el intelecto) y Musil la realiza con su ironía explosiva, sin embargo siempre templada por la simpatía contenida que jamás se permite la facilidad del sarcasmo cínico e insolente. Es con esta postura artística que Musil busca luchar por cambios sociales, y llega a la conclusión de que esa contribución solitaria tal vez sea más valiosa que la participación en la fundación de una sociedad secreta (la Catacumba, que fundó en 1918 con su amigo y activista socialista Robert Müller).

Atento analista de la dinámica de grupos, Musil reconoce temprano que el don y las cualidades críticas del artista no son bienvenidos en los movimientos militantes. Respeta esta otra lógica y siempre procuró mantener distancia de los partidos, desconfiando de la implacable fuerza con que los colectivos podan la libertad de pensamiento y una fructífera competición democrática de espíritus libres: la “inteligencia es apreciada, pero sólo mientras permanece en incondicional sumisión”, porque la propia calidad de un pensador “parece atrevida y maliciosa cuando no sirve más a los poderosos” (Musil, 1937: 1273). Este rechazo al alineamiento incondicional del arte y el pensamiento crítico siempre dificultó, y todavía dificulta, el reconocimiento de la integridad ética y del compromiso de Musil. Su espíritu crítico impar agradó a un grupo de lectores pequeño

² Cf. Benjamin, 1966 vol. II: 575, 23 de mayo de 1933: “Prescindí de este autor [Musil] al darme cuenta de que es más inteligente que lo necesario” (“Ich habe diesen Autor [Musil] bei mir mit der Erkenntnis verabschiedet, dass er klüger ist, als er’s nötig hat”).

pero distinto; requiere lectores que se tomen el tiempo de la reflexión y la ponderación necesarias para superar los prejuicios (los propios y los inducidos por la presión de las opiniones).

En otras palabras: Musil no es un autor para incautos e incultos; ni para adoctrinadores y dogmáticos. Pues no enseña lo que deberíamos pensar, sino cómo pensar con criterios y precisión, incluso si esas reflexiones duelen.

Innumerables contemporáneos de peso confirman esa inteligencia y rectitud superiores de Musil –de Thomas Mann y Elias Canetti a C. J. Burckhardt–. Antes de concentrarnos en el obituario de Kisch, cabe por tanto dar una rápida mirada a la visión de Carl Jacob Burckhardt, que recuerda la riqueza de las conversaciones con Musil en el exilio en Ginebra. Según Burckhardt, Musil:

Era un hombre libre de cualquier afectación, que no tenía ningún repertorio o inventario, pero siempre creaba y daba forma en cada ocasión que formulaba sus frases calmas y de gran importancia: era el hombre más peculiar que encontré en esa ciudad provinciana tan visitada (Burckhardt, *apud* Corino, 2003: 1442).

El fallecimiento de Musil pasó casi desapercibido alrededor del mundo; pocos se detuvieron, como Burckhardt, a homenajear a Musil como un raro ejemplo de la inteligencia y la grandeza espiritual, que “murió, al parecer, para no tener que ver lo peor que está por venir”. El gran humanista esboza un penetrante relato:

Tenía un rostro de campesino singular, con una mirada introvertida, ojos pequeños con leve desconfianza y sabiduría extrema –Rudolf Kassner diría que su alma estaba tan presente en cada una de sus palabras que puede volver su mirada por entero para las cosas reales, sin necesidad de embellecerlas con un aura espiritual–; y con esos ojos agudos y diurnos, con esa vigilancia siempre extremadamente reflexiva veía y daba la medida precisa de las cosas; observaba procesos amplios y distantes en el interior, como si registrara carpelo, estambre y antera [de una flor] o mirara por el microscopio acontecimientos que exigen el último grado de precisión, vigilancia y agilidad del entendimiento. [...] Nadie en esa ciudad de Ginebra supo cosa alguna de su estancia aquí, ni de su fallecimiento; me hará falta. Parece que murió para no tener que ver que lo peor está por venir. –Adiós, Carl (Corino, 2003: 1442).

Carl Jacob Burckhardt fue un hombre que se comunicó con todas las grandezas literarias e intelectuales de su tiempo y que no expresaba con frecuencia tan sincera admiración por la inteligencia e integridad de una persona, lo que vuelve singularmente conmovedora la gran empatía con el sufrimiento del artista aislado.

Todo esto cambia de modo chocante cuando el mismo Musil es considerado por E. E. Kisch –el militante que resolvió suprimir su aprecio por la obra y persona de Musil– al punto de negar sus cualidades personales y artísticas. Y eso a pesar de haber sido Kisch uno de los primeros admiradores de Musil en los años '20. En ese entonces, no ahorra elogios, anunciando el progreso de “una novela de voluminosas proporciones con el título *La hermana gemela* (embrión de *El hombre sin atributos*)” y recomendando su alta calidad. Bernard Guillemin, que todavía desconocía el manuscrito, recuerda la propaganda:

En ese entonces Kisch agregó que consideraba a Musil el mayor escritor vivo de lengua alemana. Diez años más tarde, poco antes de la toma del poder de Hitler, el mismo Kisch me hizo amargas advertencias por haber reseñado de modo tan positivo el segundo volumen de esa novela, que sería “explícitamente contrarrevolucionaria” (Tb II, 609).

Sorprendido con esa repentina condena, Guillemin replicó a Kisch que

él mismo me había recomendado ese autor que yo todavía no conocía, elogiándolo de un modo ditirámico [...] Kisch enmudeció y, para mi sorpresa, bajó los ojos, constreñido (Tb II, 609).³

Bernard Guillemin (traductor de Gide e influyente intelectual) abrazó agradecido la recomendación de Kisch y documentó a lo largo de los años la creciente relevancia literaria, ética y política de la obra musiliana, homenajearlo su superioridad como lo mejor entre sus contemporáneos:

... como novela de crítica de la cultura y de la época, [*El hombre sin atributos*] no tiene igual. Como sátira social, sobrepasa a todas las que le sirvieron de modelo. Como novela irónica, supera lo que hay de mejor en Anatole France. Como novela impresionista, diría que es la primera realmente bien lograda. Como novela psicológica, se iguala con tranquilidad a las obras de Meredith, Henry James y Marcel Proust. Como novela política, la más importante de todas. Como estudio de carácter, puede ser comparada apenas con el *Egoísta* de Meredith. Como novela ideológica, la más rica y sutil que existe. Como novela de la inteligencia, coloca en las sombras a *Contrapunto* [*Point Counterpoint*]. Como estudio de lo patológico y oscuro (Moosbrugger!), tenemos que colocarla al lado de *Alexanderplatz* de Alfred Döblin. Como ensayo histórico-filosófico, probablemente el primero en forma épica desde el *Cándido* de Voltaire, pero lo supera.

Podría continuar en el mismo diapasón. Pero tal vez baste observar que, mientras Ulrich, el héroe de la novela, es un hombre sin atributos (lo que precisa ser analizado en mayor detalle), la novela misma es una con todos los atributos. Representa una magnífica *Summa* crítico-épica, y quien buscase un término de comparación para el todo, lo encontraría solamente en las *Summas teológicas* de la Edad Media (B. Guillemin *apud* Corino, 2003: 1006).

Las cualidades elogiadas por Guillemin presuponen y configuran aquella imparcialidad universal que permite a Musil analizar los errores no solo en el campo de los desafectos y enemigos, sino también en el ámbito de las cosas más próximas, como sus amigos y su propia persona. Musil es uno de los raros autores que no se omite a sí mismo cuando la complejidad de las situaciones y crisis exige el más severo (auto)análisis y crítica. Pero es esa misma imparcialidad que es inadmisibles en la militancia dogmática. Y así las cualidades de Musil se transformaron en pecado capital para los militantes, que cerraron los ojos a ciertos equívocos y fallas para no entrar en conflicto con los aliados y la causa a que resolvieron servir.

³ Musil, informado del incidente, ironiza sobre el utilitarismo partidario y propagandístico que hizo que Kisch cambie sus opiniones artísticas; anota en su diario: “Kisch sobre mi libro: él sería contrarrevolucionario [...] Una respuesta sería: el mono se pone todo en la boca para probar si tiene utilidad nutritiva. Desconoce otras utilidades” (Tb I 823).

La propaganda ferina de Kisch es un ejemplo flagrante de las des-lecturas de la obra musiliana por la lente de un periodista que estilizó su propia carrera como la del “reportero desvariado (*Der Rasende Reporter*), siempre en movimiento (uno de sus títulos es “Cazando el tiempo” (*Hetzjagd durch die Zeit*), el periodista aventurero de las noticias sensacionales (otro título es “Feria de las sensaciones”, *Marktplatz der Sensationen*). Si ya ese foco en la rapidez y la novedad sensacional es contrario al horizonte de Musil, más todavía el dogmatismo de ese militante que se dejaba adoctrinar e instruir por ideólogos poderosos e inescrupulosos como Willi Münsterberg, uno de los organizadores del Comintern que reclutó Kisch durante la Primera Guerra Mundial para actividades subversivas (en la Federación revolucionaria socialista internacional en 1917), actividades esas que Musil observó y toleró de buen grado como su superior en el Departamento de Prensa del Ministerio de Guerra. Lo que Musil veía con menos simpatía era la convicción juvenil de la superioridad moral, social y política de la causa, que pronto iría a involucrar a Kisch en acciones un tanto dudosas.

Después de las actividades en Viena y Berlín, Kisch luchó en la Guerra Civil Española antes de emigrar a los Estados Unidos en 1937, y a México en 1940, donde falleció en 1948. La naturaleza extrovertida y un tanto narcisista de Kisch está a contramano de la sensibilidad intensa, contenida e introvertida de Musil. Más allá de eso, Kisch supo sacar ventaja de su identidad híbrida, marcada por múltiples vertientes culturales: checo austríaco, escritor viviendo en Praga pero escribiendo en alemán, judío, hijo de clase media alta y comunista. La hibridez le dio una agilidad mundana en las antípodas de la personalidad de Musil.

Comencemos por el obituario de E. E. Kisch poco posterior a la muerte de Musil; esta pieza es una especie de compromiso entre la postura del antiguo admirador de la obra musiliana y la del militante que le negó cualquier valor y no duda en difamar al autor cuando este osa a criticar la causa del militante.⁴ Kisch escribe su obituario en el exilio mexicano y, desde esta distancia, vuelve a la antigua familiaridad con Musil, que visitaba en sus espacios más íntimos –en el escritorio donde el novelista montara un verdadero paisaje de papeles apilados en la mesa y la pared para visualizar la compleja topografía de la novela–. Más que eso, Kisch insiste en subrayar ciertos trazos psicológicos: el alma supuestamente “femenina y angelical” del hombre y de la obra... pero a pesar del esfuerzo de crear intimidad, ese elogio fúnebre tiene más notas falsas que aciertos: los elogios tienen un tono sentencioso y casi paternalista, revelando una actitud gélida sin mucha afinidad con Musil:

En el país del exilio, que se convirtió en la patria de la cultura alemana, murió el escritor alemán Robert Musil. La gran cantidad de tierra extranjera amontonada sobre él es un monumento para la personalidad más consecuente de la prosa contemporánea. Ese nieto de un aldeano moravo, ese hijo de un ingeniero mecánico austriaco, pionero de máquinas de elevación, ese primo de un científico viajero [el orientalista Alois Musil] fue un hombre con una sensibilidad femenina angelical y sin disposición para las concesiones en asuntos poéticos, lo que transformó su vida en un verdadero martirio y su sentido de la responsabilidad por la lengua alemana no tiene par.

⁴ La difamación de Kisch y los demás líderes del *Comintern* tuvo un papel importante en la recepción de Musil después de la guerra e influyó la crítica social de izquierda en la segunda mitad del siglo XX. Ella es en parte responsable por la sospecha que pesa (ba) sobre Musil como escritor del bloque conservador, miembro de una elite ajena a las tremendas mutaciones sociales y políticas promovidas por la lucha de clases. Apenas las últimas dos décadas comenzaron a revisar esa visión de Musil como *distinguished outsider* u “observador distanciado” y ajeno a los problemas sociales y políticos del siglo pasado.

La habitación en la cual Musil trabajaba (y que, en los últimos años, era idéntica a su departamento), se parecía a un taller. Dibujos técnicos, plantas bajas, cortes transversales del libro que construía en ese momento estaban colgados de la pared, y encima de la mesa estaba un diccionario especialmente concebido por él para el lenguaje y el estilo de cada uno de sus personajes, además de un índice para los pensamientos y las observaciones que todavía tenían que ser agregados e insertados. Aunque Musil fuese flemático, pesado y a-psicológico en la vida cotidiana, se esforzaba para captar los más microscópicos problemas de los estados psicológicos intermedios, y no descansaba hasta conseguirlos. Una página de uno de los manuscritos –que describía un papel de mosca y se llamaba Verano Romano– ocupó el trabajo diurno y nocturno de dos meses, sus versiones serían suficientes para llenar un libro entero. El éxito exterior de Musil se extinguió hace más de una generación. La novela *Las tribulaciones del estudiante Törless* le trajo este éxito; se trata de la historia de un chico en un internado que se convierte, debido a un robo, en esclavo de sus camaradas y de los instintos sádicos de éstos. La juventud espiritual anterior a la guerra veía en las equivocaciones y torturas de este joven las suyas propias y el libro se convirtió, para ellos, en una biblia.

Las obras más tardías de Musil asumieron características cada vez más oscuras y difíciles de acceder y el hecho de que la ciudad de Viena le haya otorgado unos años atrás un premio literario, no representa el honor usual para un ciudadano famoso, sino el premio consuelo para un esfuerzo sin éxito, esto es, sin éxito con el público.

Robert Musil (quien fuera, siendo Mayor del ejército en la [primera] guerra el superior de quien escribe y firma este texto) se consideraba a sí mismo como un hombre apolítico y mostró igual tolerancia en relación a toda y cualquier orientación política, pero dejó de ser apolítico y tolerante cuando Hitler llegó al poder. Musil emigró sin dudarlo y participó del congreso antifascista de literatura en París, en 1935, donde presentó un noble discurso, reflexionado e inequívoco. Tenía sesenta y un años cuando falleció en el exilio en uno de los cantones suizos (E. E. Kisch, *Sobre la muerte de Musil*, 1942, in Tb II, 204).⁵

El elogio del último párrafo es más que sorprendente para quien conoce la historia de Kisch y Musil en aquel congreso de París de 1935. Pues el periodista que admiraba al autor de *El hombre sin atributos* en los años '20, cambió de actitud de forma radical cuando Musil criticó no sólo la opresión totalitaria de Hitler, sino también la de Stalin. Fue ese el pecado capital del “noble discurso reflexionado e inequívoco” por el cual el militante Kisch se vengó, en 1935, con una serie de artículos difamatorios.

Cayendo en la trampa del compromiso, Kisch se pone a disposición del partido comunista y de Bodo Uhse, uno de los ideólogos de la línea dura y profesional de la propaganda educativa, que se vincularía, en la juventud, al nazismo, convirtiéndose en los años '30 al comunismo.⁶ En el

⁵ Tb II, 203 esclarece, a través de una anotación de Alfred Döblin, que Kisch (1885-48) encontró a Musil en París y que sabía que “estaba irritado con el hecho de haber hablado en ese evento, pues aprendió demasiado tarde quienes eran los verdaderos orquestadores del congreso”.

⁶ Bodo Uhse (1904-1963), activista político del movimiento *Landvolk* (gente de campo), se volvió en los años '20 miembro del partido nacional-socialista, pasó en los años '30 de la extrema derecha a la extrema izquierda (Partido Comunista) y procuró fundar, en París, la Universidad Libre Alemana, apoyado tanto por el Partido Comunista como por el Socialista Cristiano. Sirvió durante la Guerra Civil Española en las Brigadas Internacionales. A partir de 1940 estuvo exiliado en México, donde fundó, con Kisch, Renn y Abusch, el periódico *Freies Deutschland* (1942). En 1948 se radicó en Alemania del Este, donde tuvo una brillante carrera como editor en jefe del periódico cultural *Aufbau*; en 1954 entró en la Academia Alemana de las Artes; en 1963 fue

congreso mismo, Kisch y Uhse redactan un ataque estratégico en la revista *Sammlung*,⁷ descalificando a Musil como “saboteador”, presentando al autor como un conformista reaccionario indiferente al sufrimiento de los oprimidos del capitalismo e insensible con los torturados del fascismo:

Robert Musil piensa que la creación cultural estaría ligada por entero al individuo (hombre individual). No se dispone a decir a quién o a qué este individuo está ligado. [...] el problema social es algo totalmente nuevo para él, que desde siempre fue un ensayista cuyos problemas complicados se sitúan en una esfera a-social (*asocialer Problematiker*). Pero los golpes, asestados en la piel y los riñones de los pensadores en los campos de concentración alemanes no cambian solo los conceptos de los torturados [...] sino por necesidad también las nociones de cualquiera que no fuera ciego o sordo (*apud* Amann, 2007: 128).⁸

Típica pieza de la propaganda inescrupulosa, el ataque asocia a Musil con los peores males del capitalismo para descalificar los más justificados temores del autor que ya ve las sombras de la represión totalitaria amenazando a los artistas no solamente en Alemania, sino también aquellos presentes en el congreso de París. Pues el entusiasmo militante de los miles de participantes fue duramente puesto a prueba por el testimonio de Magdelaine Paz y su colega Charles Plisner, que irrumpieron con un pequeño grupo (a pesar del estricto control de los organizadores) reivindicando informaciones sobre el escritor Serge Victor, preso y torturado bajo la acusación de apoyar la oposición trotskista. Aunque Stalin haya admitido a Romain Rolland que el jefe de policía Jagoda le dio la información de que la tortura no resultó en ninguna confesión, Victor Serge continuaba desaparecido. El relato detallado de Magdelaine –evidenciando prácticas análogas a las de Hitler y Goebbels en la Unión Soviética– fue abucheado e interrumpido por gritos de protesta que tapaban la voz de la oradora; con gélida calma Malraux intentó en vano restablecer el orden, hasta que Gide cerrara la sesión.⁹

Que las limpiezas de opositores, la intimidación y la eliminación de mentes estaba en boga en el oeste y el este se verificaría pocos meses después: los diarios de Musil registran con horror los fusilamientos de Kamenew y de Sinowjew en 1936 –inicio de la persecución que alcanzaría a muchos de los escritores comprometidos reunidos en París–:

brutales y macabras puestas en escena públicas, [los procesos de Moscú ...] permitieron a Stalin descartar a sus compañeros y competidores. Ellos eran parte de la “Gran Tshistka”, de las “limpiezas” asesinas que victimizarían a millones, entre los cuales se cuentan muchos socialdemócratas austríacos que huyeron a la Unión Soviética. (Amann, 2007: 137).

editor en jefe del periódico *Sinn und Form*. Para más detalles, cf. https://en.wikipedia.org/wiki/Bodo_Uhse (revisado el 18-02-2019).

⁷ Véase el cuaderno de agosto de 1935 de la revista comunista *Neue Deutsche Blätter*, publicada en Praga. Era el segundo órgano literario de los exiliados más importante y mantenía contacto íntimo con la “Unión internacional de escritores revolucionarios (IVRS)” (Amann, 2007: 128). Contando en su mejor período con siete mil suscriptos, ofrecía “óptimas condiciones para perjudicar la reputación [de Musil] en los círculos literarios de emigración” (Amann, 2007: 128). Musil tuvo la intención de enviar un análisis extendido de la situación de la cultura bajo el austro-fascismo para ese órgano. Pero él, Thomas Mann y otros fueron impedidos de cooperar, por un lado, debido al decreto del gobierno alemán que prohibía la revista y pronto llevó a su supresión, y por otro, debido a la presión de su editor, que temía las represalias en caso de que Musil participase. Cf. Amann, 2007: 64 y ss.

⁸ Cf. A 269, *Basel, Ergänzung zum Vortrag* (Amann, 2007: 121).

⁹ Cf. Amann, 2007: 134-7.

No hay sombra de alusión a esos hechos políticos que *ex post facto* legitimaron las corajudas protestas de Musil y su reivindicación de la responsabilidad individual del artista. Del exilio en México, Kisch rescata la honra póstuma del novelista con lacónicos (y un tanto condescendientes) elogios a la sutileza psicológica de la primera obra de un autor cuya obra posterior sería oscura y complicada al punto de haber caído en el olvido: ninguna mención a la recepción entusiasta del primer volumen de *El hombre sin atributos*, ¡que la crítica sería considerado de inmediato como una obra prima! En el lugar del reconocimiento, Kisch cortocircuita casi la totalidad de la obra musiliana con el giro que va del *Törless* y del *Papel de las moscas* (ambas piezas escritas antes de 1914) directamente hacia el “noble discurso” de París (1935).

Pero en honor a la verdad, ese discurso fue más que noble –fue una pieza de inmenso coraje presentada ante un vasto auditorio de convertidos y militantes reclutados en gran parte por el Partido Comunista Francés y por Stalin (¡en persona!¹⁰)–. Rebelado contra la estrategia de instrumentalizar la consigna de la “Defensa de los escritores anti-fascistas” para una acción secreta de propaganda política comunista, Musil tuvo el coraje de mencionar los peligros del encuadramiento del arte no sólo en Alemania sino también en Rusia –sabiendo que hombres como Uhse iban a intentar tirar arena en los ojos de los incautos menos prudentes que Brecht– como Ilya Ehrenburg o Isaak Babel, que perecerían en breve bajo la tortura del líder cuyo paraíso anunciaron en París.¹¹

Mayor y más lúcido que Kisch, Musil aprendió la necesaria cautela del modo más duro: con los errores que cometió aceptando la propaganda bélica patriota al inicio de la Primera Guerra, error que Musil redime con una severa admisión de su propia culpa y una rigurosa autocrítica. Son parte de esa (auto)crítica también las impresiones negativas respecto de la actuación de Kisch después de la derrota de Austria en la Primera Guerra. Una rápida visión panorámica trae a la luz las fragilidades de carácter de Kisch, cierta vanidad oportunista que facilita el realineamiento ideológico, el narcisismo reforzado por la agitación colectiva, el enamoramiento de la propia retórica con la que despiertan las ambiciones de poder, estatus e ilusión de carisma. El rápido esbozo de este carácter plástico de Kisch es parte del panorama de la situación calamitosa del final de 1918 que Musil confió al diario: el vacío político austríaco después de la abdicación del Emperador, las tímidas iniciativas de nuevos liderazgos que se daban aires revolucionarios, aunque sus activistas solo asumieran los puestos vacantes,¹² aprovechando la redistribución del poder entre los socialdemócratas. Musil señala casos específicos (sin generalizar ni emitir juicios políticos o ideológicos), observando entre sus conocidos la torpe afición que acomete a artistas e intelectuales sin experiencia política en el vacío de los últimos días de 1918. La desorientación general abre espacio para histriónicas gesticulaciones “revolucionarias”, que camuflan las dudas e incertidumbres con poses heroicas. Kisch y su amigo –el poeta Franz Werfel– aparecen en esa *clase* como adolescentes engreídos personificando su protagonismo (imaginario) en la historia universal. Que ese papel histórico es más fantasía que realidad aflora en la tentativa casi pueril de impresionar al público femenino con una retórica tan pomposa como ridícula:

¹⁰ Cf. Amann, 2007: 128 y ss y Tb II, 1255-1261 (“Berichtigung eines Berichts”).

¹¹ Durante varios meses después del congreso, Musil hizo tentativas para justificarse sobre el “equivoco de comunicación” acontecido. (cf. Amann, 2007: 129).

¹² El día 12 de noviembre – día de la proclamación de la República Austríaca – quedó en evidencia la incapacidad táctica de los liderazgos de la Guardia Roja. La tentativa de golpe fue invisibilizada por los socialdemócratas (cf. Amann 2007: 126; Corino, 2003: 591).

[...] No hubieran la dinastía y las instituciones abdicado casi por libre y espontánea voluntad, y la revolución tampoco habría ocurrido. Los representantes de la soberanía del pueblo ocuparon, con dudas, las posiciones vacantes –nada más.

En el inicio, el *Diario de los trabajadores* nos daba la impresión de saber lo que quería; hace dos días, sin embargo, su postura está marchita, le falta un tema adecuado. El partido parece temer un compromiso si colabora con los nacionalistas y los socialistas cristianos. También se tiene la impresión de que no hay plan alguno, ni voluntad [de actuar]. Es una amarga herencia el hecho de que los austríacos germanófilos siempre fueron el pueblo apoyando al gobierno; no se organizan a nivel político y están sin ímpetu para la tarea de la construcción de la nación.

Kisch se esfuerza por introducir en esa situación su bolchevismo. Preguntó a mi mujer hoy, antes de la reunión de la Guardia Roja en el *Deutschmeisterplatz*, “¿vendrá a verme? Hoy por la noche tendré a mi disposición 4000 rifles. Mucha sangre va a correr todavía”; dice eso con un aire de sincera constrictión. (¡Hace cuatro semanas, él declaraba que cada hombre que cayera en el Frente sería en adelante un crimen capital!).

Él cree no haber comido ni dormido hace 48 horas (pero fue visto en un Café, en medio de una comida). Está bastante ronco, disperso y no se lo puede oír diciendo dos frases conectadas. Con él anda Werfel, que se volvió en esos dos días pálido, delgado y ronco por completo. Al parecer, no tiene idea de lo que hace, cree tener influencia sobre las personas en el sentido de un cambio pacífico. Es extremadamente cómico. Kisch, al contrario, da una impresión histérica. Procura a toda costa colocarse en el centro de una acción de Estado. Espíritu del Espíritu del Expresionismo. (Pero tal vez ese tipo de placer en la teatralidad sea la condición *sine qua non* de un papel histórico). Es visible que lo principal es lo que se dirá de él; su ambición inconfesa es dar un escalofrío a la central de prensa militar (*Kriegspressequartier*). [Ocultos en la sombra,] dos anarquistas de verdad agitan a Kisch y Werfel.

De noche, el rumor de que 10.000 prisioneros de guerra italianos estarían avanzando en dirección a Viena. Las señoritas Rörich ya están haciendo las maletas (Musil sobre Kisch en *Diario de la revolución*, 2 de noviembre de 1918, Tb I 342 y ss).

Distanciándose del compromiso aficionado, Musil disloca sus energías para el análisis de los hechos y la reevaluación de los engaños y autoengaños que hicieron viable la irresponsable declaración de guerra por parte de Austria. El escritor pasa los últimos días de noviembre de 1918 en su gabinete del *Kriegsministerium*, y aprovecha el caos generalizado buscando los documentos que puedan esclarecer el encadenamiento de factores desembocando en el equívoco fatal de 1914. Así se ve en el sentido crítico de una de las respuestas que Musil dio a un amigo sorprendido con su asiduo regreso a la oficina del ministerio en un imperio que ya no existía más. “Estoy disolviendo” (“*Ich löse auf*”, Corino, 2003: 592), dice Musil, pensando sin duda en los vínculos con la monarquía destruida¹³ y en el duro balance que la nueva realidad republicana exigiría de cada uno de los antiguos súbditos del Imperio Austro-húngaro.

¹³ El Emperador Guillermo abdicó el 9 de noviembre, Otto Habsburg poco después.

Revisando –y ahora sin propaganda bélica– la cronología del proceso que fue del atentado de Sarajevo a la declaración de guerra en 1914,¹⁴ Musil revisa también su propia consciencia y reconoce (como pocos intelectuales de la época) los errores que cometió al evaluar la situación en 1914. Asaltado, como muchos otros artistas, por el tedio del largo marasmo social y cultural, se dejó contaminar por un patriotismo postizo, por la repentina ilusión colectiva de renovación espiritual y fraterna, que se representaba como solución a las crisis personal y colectiva. En poco tiempo esa promesa de catarsis –redención por sacrificio guerrero– se reveló como espejismo, mero engaño de la propaganda. Musil ve con claridad que participó de una enfermedad colectiva y admite que suprimió la percepción de ciertos síntomas que deberían haber inspirado dudas. En otras palabras, llega a la conclusión de que dejó acontecer el desastre por negligencia crítica y que falló al considerar las señales:

Al lado de toda la transfiguración, [percibí] las horribles canciones en los cafés. La excitación y la sede de enfrentamientos a cada nueva noticia. La gente se tira abajo de un tren porque no fue reclutada.

[...] En las cuencas, el desorden, la irrupción del furor. [...] El sentimiento: si no todos irán al ataque y se desgarrarán mutuamente...

Carl Einstein¹⁵ está en trance, todo lo demás está apagado. Incluso en casa con su mujer, solamente piensa en limpiar los botones del uniforme. No entra más en la oficina (Tb 298 y ss, cf. Corino 2003: 492 y ss).

Contra ese telón de fondo, las gesticulaciones revolucionarias de Kisch y Werfel en 1918 representan, para Musil, una imperdonable recaída en las ideas vagas de 1914, en ilusiones ahora en nombre de una nueva ideología, a la cual Kisch, el “Periodista Desvariado” (título de un libro exitoso de su autoría, *Der Rasende Reporter*), se convirtió con su proverbial maleabilidad. El propio Kisch comentará irónicamente desde el exilio en 1938:

Sabe, en verdad, nada me puede suceder. Soy alemán. Soy checo. Soy judío. Soy de buena familia. Soy comunista. Soy miembro de una corporación estudiantil. Alguno de esos atributos siempre ayuda.¹⁶

Musil observó esa plasticidad de Kisch a lo largo de los “cinco años de esclavitud” en que sirvió primero como soldado en el frente, luego como periodista y superior de Kisch y Werfel en el Departamento de Prensa del Ministerio de Guerra; sin dudas él reconoció esta capacidad de adaptación y puede haber envidiado, en los años ‘30, las habilidades de supervivencia del periodista más joven. Era un don que le faltó por completo.

¹⁴ Harry Kessler hará lo mismo entre Berlín, Ginebra y Génova, recogiendo las informaciones confidenciales de embajadores y emisarios presentes en los momentos cruciales en Viena y Berlín.

¹⁵ Hasta artistas como el expresionista Carl Einstein olvidaron de su antigua “semántica” antimilitarista en los años que precedieron a la guerra, cuando escribían para “alarmar a la sociedad burguesa”. En el verano de 1914, “comenzaron a marchar en línea, exhibiendo un comportamiento no menos loco que los demás”, escribe Corino (2003: 493).

¹⁶ Heinrich von Treitschke explica la diferencia entre dos tipos de corporación estudiantil: la *Burschenschaft* produjo más académicos y escritores, en cuanto sus opositores, el *Corps*, formó más hombres de estado. Cf. http://www.hr-online.de/website/specials/wissen/index.jsp?rubrik=93994&key=standard_document_34048182 (1/10/2017).

Musil era lo opuesto de “desvariado” –era más bien el “hombre lento”,¹⁷ que mantenía su agilidad e intensidad bajo control intelectual, sometiénolas a una disciplina sutil y sobria, templada por la lucidez analítica-. Es esa lucidez que da peso a sus críticas de los métodos inescrupulosos de la agitación –no solo en el campo fascista, sino también en el de Stalin–, y justifica su valorización del individuo como instancia ética que no debe ser abandonada a los liderazgos colectivistas.

> Las reticencias ante el “aparato”

Recapitulando las decisiones y falta de escrúpulos que llevaron a la declaración de guerra, Musil debe haber percibido el grado de manipulación del Estado, las instituciones y la máquina de propaganda. Contra ese telón de fondo, se destaca la desinformación de los intelectuales (suya propia y de sus colegas) en materia política, la falta de preparación para la acción, la ignorancia de las complejas relaciones institucionales y diplomáticas, la falta de datos económicos y financieros que obnubilaron el juicio de los aficionados. Pero, sobre todo, observa como la política usa la guerra de (des)información y el caos espiritual preparado por los propios intelectuales para provecho del poder. Volviendo en sí y viendo, en los otros, los propios errores, Musil se promete nunca más dejar que su único don sea abusado para fines ajenos a la literatura y el arte, la verdad y la ética del escritor. Es en esa intuición que va a elaborar un estilo singular –una novela-ensayo híbrida que incorpora en la ficción la apertura ensayística a los múltiples puntos de vista exigidos por la “materia” fluida e indefinida de la realidad antropológica que la novela busca capturar en sus estructuras y relaciones y configuraciones complejas:

La psicología muestra que los fenómenos se desdoblan y propagan de modo continuo, en gradaciones sin hiatos entre el hombre supra-normal y el sub-normal, y la experiencia de la guerra confirmó a los ojos de todos, en una inmensa e inquietante experimentación en masa, que el hombre puede ser llevado hasta los excesos más extremos y traído de vuelta [a la normalidad] sin que cambie su esencia. Él se modifica, pero no se modifica a *sí mismo*. (KP 1080).

Desde el fin de la guerra en 1918 Musil hace (auto)crítica de las ilusiones de renovación inducidas por retóricas manipuladoras, denuncia el peligro de la compulsión de repetición y exhorta a sus colegas artistas a no dejarse cooptar por las falsas promesas de acción vigorosa. Reacciona con cautela y desconfianza a los entusiastas compromisos militantes de sus conocidos, que ora cambian “la psicosis de guerra” del verano de 1914¹⁸ por una “psicosis de la paz”,¹⁹ ora transforman, como Kisch y Werfel, el repudio de la guerra en exhortaciones a nuevas luchas.

17 “*Betrachtungen eines Langsamen*” (“Consideraciones de un hombre lento”) es el título de uno de los artículos más perspicaces del autor. En él, Musil presenta su indignación ante la toma de poder nazi a un criterioso análisis que detalla cómo la sociedad civil contribuyó y cómo la intelectualidad abdicó y se adaptó de inmediato a ese poder totalitario.

18 “[...] estaba en crisis en 1914 [...] La guerra me golpeó como una enfermedad, una fiebre que acompaña una enfermedad. [...] Y me cerré para todo aquello que se estaba formando en el mundo” (Tb I, 956), escribe Musil en su diario. La propaganda reforzaba los sentimientos ingenuos de indignación: “por el asesinato del heredero del trono austríaco [...] y las agitaciones pan-eslavas en Serbia, por el ataque del ejército ruso en Prusia oriental; por el mecanismo de alianzas en cursos – había, de hecho, una sensación de peligro – también entre hombres que sabían pensar con claridad. Parece que fuera realmente difícil en aquel agosto de 1914 eximirse de la psicosis colectiva, aún más que también tipos antipatrióticos como los socialdemócratas alemanes tomaron de repente el partido de la política imperial. Las anotaciones de Musil evidencian que no perdió de vista los aspectos patológicos de las primeras semanas de guerra que presencié estando todavía en Berlín (Corino, 2003: 492).

19 P 1068, *La Nación VII*.

La crítica abarca el complejo reactivo que usa la idea abstracta del pacifismo como máscara –ora para ideales irreales, ora para objetivos ideológicos sin compromiso real con las mediaciones pacíficas y entendimientos racionales–. Estas objeciones no excluyen simpatías por el pacifismo auténtico, como vemos en una de las anotaciones más compenetradas de la posguerra (entre 1919-21):

Soy pacifista, pero no como ideólogo [...] Soy revolucionario como individuo [... pero] El fracaso de los sindicalistas como de los burgueses conservadores se mantiene en equilibrio. El crimen de la estupidez (Tb I 527).

Musil atribuye al cansancio y a la miseria las reacciones extrañas que, de repente, surgieron dieron lugar a alianzas tan extrañas como la del agitador comunista Kisch y el hombre del *establishment* Werfel –personajes que no podrían ser más distintos–. Otro factor contribuyente a esos guiños es el “*pathos* humanitario” de los pacifistas reunidos en torno a revistas como *Der jüngste Tag* o *Das neue Pathos*. Lo que Musil ironiza no son sobre las intenciones humanitarias, sino sobre las formas de expresión patéticas, la falta de sobriedad y realismo, la inflación de la emoción inflamada en detrimento del intelecto. Musil ve en las buenas intenciones de Franz Werfel y en la patética afirmación de la bondad humana de Leonhard Frank, o en la lírica utópica de Walter Hasenclever (Tb 546) una resurgencia resurgimiento del idealismo abstracto de la pre-guerra –una agitación humanitaria vaga que se acomoda en cánticos sentimentales, anti-intelectuales y anticientíficos–. En la polarización política ese sentimentalismo casi suscita su contrapunto –la glorificación de la fuerza, del poder y la violencia–: las respuestas no tardan en surgir en las obras de autores como Ernst Jünger o Carl Schmitt, como Musil observará en sus diarios de los años ‘20 (cf. Tb 546).

Esta repetición de problemas que Musil ya analizaba en sus ensayos antes de la guerra es la consecuencia inevitable de la falta de una sincera autocrítica que debería desembocar en la pregunta espantada: ¿qué fue lo que afectó realizaron a las *intelligentsias* austríaca, alemana y europea en 1914, cegándose cegándolas al punto de confundir la inminente masacre tecnológica con un misterio eucarístico que uniría la nación y la purificaría en una magnífica catarsis? El escritor revive el enigma de esta alienación con como un dilema que exige el análisis circunstancial de sus múltiples factores: no solamente de las causas inmediatas que precipitaron la guerra –el atentado de Sarajevo, o las estrategias geopolíticas de Austria y los demás gobiernos europeos–, p. ero tTambién la introspección de los individuos, y una reflexión que precisa admitir la propia culpa e investigar las formas de la participación personal. Musil pasa en limpio un verdadero balance de los motivos –ahora incomprensibles y grotescos– que lo llevarán a compartir la “psicosis de guerra”:

Es claro que fuimos nosotros que quienes causamos el estrago: dejamos que todo suceda; fue “aquel” quien hizo “aquello”, sin que ninguno de nosotros lo impidiese. Esto vale tanto para nosotros mismos, como para los otros. (P 1059-1070, *La Nación*, IV # 2)

Es interesante que Musil exija esa revisión de la conciencia y la elaboración de la culpa de los individuos y grupos tanto en Alemania y Austria como entre los aliados.²⁰ Al mismo tiempo, entre tanto, considera la cuestión de la culpa como factor que *no* debería influir en las negociaciones de paz entre ganadores y perdedores –esperando que la Liga de las Naciones garantice ese papel sublimador y racional permitiendo hacer abstracción de los naturales sentimientos de venganza que siempre encuentran en la culpa del otro su mejor máscara y disculpa–.

En sus tentativas de compromiso (entre 1918 y 1920), Musil se vincula, primero, al grupo de intelectuales de izquierda en torno del escritor Robert Müller, un militante socialista con quien funda la sociedad “Katakombe”;²¹ en 1920 uno de los líderes socialistas, Julius Deutsch, le encarga un estudio sobre la reforma de la educación militar (Corino, 605 y ss), que resulta en el ensayo *La psicotecnología y su aplicación en el ejército (Psychotechnik und ihre Anwendung beim Bundesheer)*. Más allá de eso, los diarios proveen testimonios elocuentes de la intensa reflexión política y de la tentativa de mapear las posibilidades más allá de los enfrentamientos polarizados:

Puede decirse que la constitución conservadora de la humanidad trajo un tsunami de oprobio, estupidez, bajeza y miseria sobre el mundo. –Pero no se puede salvar de ese reproche tampoco el polo diametralmente opuesto del conservadurismo (con excepción del bolchevismo, considerando que este sufre excesivas detracciones en exceso y somos culpables de no habernos buscado esclarecimientos aclaraciones al respecto desobediencia a esa nueva sociedad)–. Es muy probable que el régimen de los Consejos en Hungría haya traído a la superficie una cantidad enorme de suciedad, villanía, corrupción, etc. Y el asesinato de los rehenes²² muestra, incluso cuando sustraemos todas las exageraciones de la imprenta burguesa que parece haber perdido todo y cualquier juicio, una imagen que probablemente nos da el nuevo tipo de hombre revolucionario (Tb I, 542).

Los ensayos y fragmentos sobre la ética *del poeta* muestran que Musil es muy consciente de la inestable dinámica de los colectivos –razón por la cual atribuye mayor valor a la individualidad y a la responsabilidad del escritor como voz crítica capaz de evaluar los criterios y límites de acción política–. En otras palabras, el compromiso en cuanto poeta y escritor difiere, para Musil, del compromiso militante y de la lógica de subordinación a la causa colectiva.

En el ámbito de esta ética poética tal vez sea interesante cerrar este ensayo con una experiencia que Musil documentó en el año 1921 –el desencuentro con un colega que admiraba– Henri Barbusse, autor de las novelas *Fuego* (relato de su experiencia de la Primera Guerra Mundial) y *El infierno*,²³ Musil esperaba encontrar a Barbusse en ocasión de un viaje oficial a Viena, sin dudas para un intenso intercambio de ideas sobre las experiencias de guerra y política entre escritores. Pero poco después Musil supo que Barbusse estaba resultaba inaccesible para sus colegas escritores, pues ya actuaba en un plano partidario y político –como parte de un “aparato”²⁴ que

20 Musil piensa, por una parte, en la corrida armamentista europea y en los impasses de la concurrencia económica y geopolítica de Europa, Rusia y Austria (cf. “Zu Kakanien”, MoE, 1436 y ss), y, por otra, subraya el papel de la actitud pasiva del “dejar-sucedir”. Otro factor fue la oposición estanca de militarismo y pacifismo radicales – ambos emergiendo de un falso ideal patriótico y cultural, con sus fórmulas simplistas.

21 En esa época, Musil firma el “Manifiesto de los trabajadores espirituales” (intelectuales, periodistas, escritores y demás simpatizantes de reformas sociales) – un documento bastante radical, que exige expropiaciones y reforma agraria.

22 Referencia al fusilamiento de ocho rehenes y dos soldados presos el 30 de abril de 1919 por el ejército rojo durante la República de los Consejos en Bavaria.

23 *L'Enfer* proveería importantes motivos para *La montaña mágica* de Thomas Mann (1924).

24 Henri Barbusse participó, como Musil, de la Primera Guerra Mundial y el trauma de guerra es el tema de un libro impactante (*El fuego*) que se vuelve

drena y direcciona las ideas de individuos y grupos, canalizando sus intenciones y energías hacia una dinámica oculta de la mecánica colectiva-. Barbusse salió de la guerra –como Musil– con la idea de contribuir a la construcción de una nueva sociedad más abierta y fraterna. Distinto que a diferencia de Musil, él confiaba en la organización colectivista y apostaba a la realización de su ideal pacifista a través de del modelo de humanidad del partido bolchevique.²⁵ En 1921, el entusiasmo por las ideas de la Unión Soviética era la regla entre los intelectuales, por lo menos entre aquellos que veían con claridad los desafíos de la nueva sociedad de masas y la imperativa necesidad de relaciones democráticas e igualitarias. El propio Musil firmará un manifiesto proponiendo una radical redistribución de las tierras y de la propiedad,²⁶ y, como muchos escritores de esta época, idealizaba la emancipación revelada por la fuerza económica rusa basada en la cooperación y dedicación fraterna de las masas, o encarnada en una nueva mujer rusa, autónoma, fuerte y despojada de adornos serviles y prejuicios que todavía evidenciaban su sujeción en las sociedades occidentales.²⁷ En la miseria de la Viena derrotada, Musil siente afinidad con ese espíritu de renovación, y hace todo para organizar un vivo intercambio de ideas entre intelectuales de los países vencedores y de los vencidos sobre la difícil tarea de restablecer un orden más justo en la Europa reducida a la miseria.

Barbusse habría sido un interlocutor ideal porque su experiencia en la guerra y su desencanto con la masacre tecnológica daban peso a su voz no solamente como escritor sino también como veterano conocedor del riesgo del compromiso político y de la responsabilidad *artística* en la construcción de una sociedad. Musil, todavía dando vueltas en torno al análisis de sus propios errores y engaños de 1914, sin dudas esperaba de Barbusse ideas sobre cómo depurar la susceptibilidad afectiva que impidió a artistas, intelectuales y ciudadanos de bien ejercer su juicio ponderado e independiente, sin ceder a las palabras de orden del gobierno o la propaganda institucional. Para Musil, el motivo del ensayo “El poeta operando la máquina” fue el choque de descubrir que Barbusse cambió su papel de pensador y escritor libre por el de portavoz de un partido y de un gobierno, y que esa función invisibilizaba también cualquier contacto con artistas libres.

A lo largo de los años, los eventos políticos darían la razón a la distancia cautelosa que Musil recomienda al artista –aunque mucho de los amigos de Barbusse confirmarían contra todas las evidencias la pureza ética y el juicio certero de los líderes, gobernantes y colectivos–. Musil podría haber encontrado a Barbusse una década y media después, en el Congreso para la defensa de los artistas contra el fascismo en París, en 1935. Carl Corino (2003: 1191 y ss) relata cómo los organizadores –escritores como Barbusse y Malraux, Aragon, Becher y muchos otros intelectuales de renombre– colaboraron de modo directo con Stalin, con los ideólogos rusos y con los partidos comunistas europeos en el sentido de usar el espacio de la cultura para una difusión y expansión de las ideas soviéticas, manteniendo oculto al mismo tiempo el objetivo político e

contra la insensata destrucción promovida por el imperialismo militarista. A las vueltas Esforzándose en el mismo trabajo de luto creativo, Musil se animó cuando supo de la inminente visita de ese compañero artista a Viena en 1921, esperando un animado intercambio de ideas sobre los modos artísticos y ficticios de hacer más eficaz la lucha contra la barbarie.

25 Ese ideal lleva Barbusse a Moscú en 1918, donde se casa con una compañera rusa y se compromete con la *inteligencia* artística del partido bolchevique. Es famosa su frase del manifiesto *El cuchillo entre los dientes* (*Le couteau entre les dents*, 1921), que elogia la Rusia soviética como el “mayor y más bello fenómeno de la historia universal, que eleva la humanidad a una nueva etapa de su desarrollo”; cf. Barbusse (1921: 44).

26 Cf. Corino, 2003: 1896.

27 Musil imagina a las mujeres rusas como un tipo femenino transformado por la participación activa en la guerra: “las luchadoras, mujeres guerreras representantes de un nuevo tipo femenino que es bien más atractivo que el de nuestras mujeres” (Tb I, 995).

ideológico. Ese velo fue rasgado por una serie de incidentes: había, por ejemplo, cantos entusiastas de la “Internacional Socialista”, y en lugar de una conferencia sobre literatura, Gustav Regler hizo un relato del éxito de las acciones subversivas (por esto, fue denunciado como saboteador y excluido del partido posteriormente, *cf.* Corino, 2003: 1190 y ss). Había pocas excepciones y miradas críticas o escépticas en ese público de antemano predisposto a una veneración incondicional del ideario revolucionario y de la promesa de la edad de oro en el Este. Una de ellas fue la intervención de la escritora Magdelaine Paz.

No sorprende que Musil, ante informaciones detalladas como esta, insistiese en articular con claridad su escepticismo con respecto al compromiso incondicional, y que afirmase más que nunca la importancia de la responsabilidad del individuo que debe confiar en la precisión del propio juicio intelectual y en su sensibilidad ética y estética. Atento lector de los artículos del grupo que rodeaba a Max Weber,²⁸ es probable que él haya tenido informaciones inquietantes sobre purgas y persecuciones no sólo en la Alemania nazi y en el austro-fascismo, sino también en el este soviético.

> Bibliografía

- » Amann, K. (2007). *Robert Musil – Literatur und Politik. Mit einer Neuedition ausgewählter politischer Schriften aus dem Nachlass*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt Taschenbücher.
- » Benjamin, W. (1933/1966). *Briefe*, ed. G. Scholem y T. W. Adorno, Frankfurt am Main: Fischer.
- » Barbusse, H. (1924/08) [1908/24]. *L'Enfer*, París: Michel Albin.
- » Barbusse, H. (1921). *Le couteau entre les dents*, París: Editions Clarté.
- » Corino, K. (2003). *Robert Musil. Eine Biographie*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt.
- » Honigsheim, P. (2003). *The Unknown Max Weber*, New Brunswick y Londres: Transaction Publishers.
- » Kessler, H. G. (1961) *Journey to the Abyss. The Diaries of Count Harry Kessler 1880-1918*, vol. 1, New York: Grove Press.
- » Kessler, H. G. (1961). *Berlin in Lights. The Diaries of Count Harry Kessler 1918-1937*, vol. 2, New York: Grove Press.
- » Kisch, E. E. (1925). *Der Rasende Reporter*, Berlin: Erich Reiß.
- » Kisch, E. E. (1926). *Hetzjagd durch die Zeit*, Berlin: Erich Reiß.
- » Musil, R. (1937). *Über die Dummheit*, Leipzig: Rowohlt.
- » Musil, R. (1976). *Der Mann ohne Eigenschaften*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt. (MoE).

²⁸ Weber aprendió ruso especialmente para formarse una imagen precisa de la nueva sociedad, y sabía del intervencionismo que subyugaba gran parte de la libertad en la Rusia de Stalin y disponía de individuos, comunidades y poblaciones. Intelectuales vieneses informados y próximos al círculo de Weber sabían por tanto de las deslocalizaciones de poblaciones enteras hacia Siberia y del trabajo forzado en los Gulags desde 1927 (como ejemplo de los “Kulakos”, considerados como como impedimentos para el avance del colectivismo y de las reformas en la agricultura, o del violento control de las ciencias bajo la tiranía del “científico” charlatán Lysenko, que le costó la vida a innumerables inocentes); *cf.* el relato del diplomático y banquero Felix Somary en el libro de Paul Honigsheim, *The Unknown Max Weber* (2003: 11-13), Weber quería nombrar a Schumpeter como su sucesor en la cátedra de Viena, pero se disgustó cuando Schumpeter respondió a las descripciones de los crímenes humanitarios cometidos por el gobierno soviético con el argumento de que esas atrocidades serían experimentos que ponen a prueba nuevos modelos sociales y económicos.

- » Musil, R. (1976). *Tagebücher*, 2 vols. ed. A. Frise, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt. (Tb I y Tb II).
- » Musil, R. (1978). *Kleine Prosa und Schriften*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt. (P).
- » Musil, R. (1976). *Tagebücher*, 2 vols. ed. A. Frise, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt. (TbI y TbII).